

**UNA EXTENSA HISTORIA
PARA UN BREVE REINADO:
GESTA FERDINANDI REGIS ARAGONUM,
DEL HUMANISTA ITALIANO LORENZO VALLA**

M.^a Isabel Yagüe Ferrer

La singular talla de la personalidad de Fernando I deberá estar siempre presente en la mente de gobernantes e historiadores, por el caudal de *exempla* que su actividad política y particular vertió a lo largo de su breve, pero fructífera, vida¹; supo encarar sin titubeos los problemas dinásticos surgidos, tanto en su Castilla natal, tras el fallecimiento de su hermano Enrique III en 1406, compartiendo la regencia del trono con la reina viuda Catalina de Lancaster, en espera de que cumpliera catorce años el Infante heredero don Juan², como los surgidos en Aragón tras el fallecimiento,

¹ El estudio de Esteban SARASA SANCHEZ, *Aragón en el reinado de Fernando I (1412-1416): gobierno y administración, constitución política, hacienda real*, Zaragoza, 1986, aporta una completa bibliografía sobre los años de reinado de Fernando I, así como ofrece una relación de fuentes inéditas y publicadas que ilustran este periodo concreto de la Historia de Aragón, en las páginas 33 a 47.

² Véase, en *Crónicas de los Reyes de Castilla*, de la Biblioteca de Autores Españoles, Madrid, 1953, el tomo LXVIII, y en Alvar GARCIA DE SANTA MARIA, *Crónica de Juan I de Castilla*, edición de Juan de Mata Carriazo, Madrid, 1982, descritos minuciosamente estos avatares dinásticos de la Corona castellana. También muy interesantes sobre este mismo periodo: L. SUAREZ FERNANDEZ, *Nobleza y Monarquía. Puntos de vista sobre la Historia política castellana del siglo XV*, Universidad de Valladolid, 1975; «Nobleza y Monarquía en la política de Enrique III», *Hispania*, XLVIII, Madrid, 1952, pp. 323-400; y del mismo autor, *Estudios sobre el régimen monárquico de Enrique III de Castilla*, Madrid, 1954. J. TORRES FONTES, «La regencia de don Fernando de Antequera», *Anuario de Estudios medievales*, I, Barcelona, 1964, pp. 375-429; y del mismo autor, «La regencia de don Fernando de Antequera y las relaciones castellano granadinas (1407-1416)», *Miscelánea de Estudios Arabes y Hebraicos*, Granada XIV-XV, n.º 12 (1965-66), pp. 137-167 y XVI-XVII, n.º 1-2 (1967-1968), pp. 89-145.

sin descendencia, de Martín el Humano en 1410, en cuyo trono vacío aspiró a sentarse desde el primer momento en que recibió en Antequera esta triste noticia, puesto que tenía grandes posibilidades de ocuparlo, al ser hijo de Leonor, hermana de Martín, quien tras casarse con el rey castellano Juan I no había hecho renuncia expresa de sus derechos al trono aragonés³.

Fernando contribuyó de una forma destacada al engrandecimiento del reino castellano con la conquista a los musulmanes, entre otras, de las plazas meridionales de Pruna, Priego, Zahara, Archidona y Antequera⁴; casó con una de las personas más acaudaladas de la Península, su tía Leonor de Albuquerque, y controló, entre otras cosas, la producción de la lana y su comercio posterior, desde los puertos marítimos castellanos del Cantábrico hasta los de los países del Norte de Europa, control que, tras su elección como monarca de la Corona de Aragón, extendió sus brazos hasta Cataluña⁵.

Durante los dos años que perduró el Interregno, tras la muerte de Martín el Humano, hubo de hacer frente el Infante Fernando a los bandos defensores de los otros aspirantes a la corona⁶, por medio de constantes combates en territorio aragonés, catalán y levantino, y que no tendrían su punto final hasta la derrota del conde Jaime de Urgel, su más duro y firme oponente, en la toma de Balaguer en 1413, cuando era ya monarca aragonés tras su elección en el Compromiso de Caspe; conflictos graves fueron también los que le enfrentaron con la burguesía catalana⁷, cuando pretendía recuperar privilegios perdidos, sobre todo económicos, porque una blanda administración de reyes anteriores había llevado a las arcas

³ En Esteban SARASA SANCHEZ, *Aragón y el Compromiso de Caspe*, Zaragoza, 1981, pp. 79 y 101, y M. DUALDE y J. CAMARENA, *El Compromiso de Caspe*, Zaragoza, 1980, pp. 64, se detallan datos concretos sobre esta boda.

⁴ Lorenzo VALLA en *Gesta Ferdinandi regis Aragonum* libro I, edición O. Besomi, Padova, 1973, realiza una descripción minuciosa de todos los detalles que rodearon a las conquistas de estas poblaciones, incluida la descripción del intento fracasado de la toma de la plaza de Setenil, que, no obstante, será conquistada más adelante, en 1484, gracias a Fernando el Católico.

Las crónicas castellanas citadas en la nota (2) las mencionan con una menor preocupación por el detalle.

⁵ Véase L. SUAREZ FERNANDEZ, *Los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV (1407-1474)*, en *Historia de España*, bajo la dirección de R. Menéndez Pidal, t. XV, Madrid, 1970, pp. 3-318; M. GUAL CAMARENA, «La industria textil hispana en la Edad Media». *Anuario de Estudios Medievales*, 4, Barcelona, (1967); pp. 109-160.

⁶ Acerca de los distintos pretendientes al trono aragonés véase Esteban SARASA SANCHEZ, *Aragón y el Compromiso de Caspe*, *op. cit.*, capítulo «Los candidatos a la corona y sus derechos», p. 97 ss.; Manuel DUALDE, José CAMARENA, *El Compromiso de Caspe*, *op. cit.*, capítulo «Los pretendientes», pp. 51-73. Una bibliografía completa sobre el Compromiso de Caspe se puede consultar en la obra del profesor SARASA citada en esta misma nota. El relato directo del acontecimiento histórico de Caspe y los sucesos precedentes puede leerse, y con riqueza de detalles, en L. VALLA, *Gesta Ferdinandi regis Aragonum*, libro II, edic. O. Besomi, ya citada; y en G. ZURITA, *Anales de la Corona de Aragón*, 5, Zaragoza, 1980, Libro XI.

⁷ Un enfrentamiento verbal muy grave es el que reproduce L. VALLA, *Gesta Ferdinandi...*, libro III, II a 13, protagonizado por Fernando I y el consejero barcelonés Juan Ceviller.

reales a un alto nivel de empobrecimiento, empobrecimiento que, no obstante, tuvo que remediar hasta el final de su reinado en 1416 con la aportación constante de ingresos procedentes de la vía castellana⁸.

En estos años de principios del siglo XV permanecía sin resolverse el problema eclesiástico del Cisma y, en una de sus etapas más delicadas y difíciles, fue Fernando, como regente de Castilla y rey de Aragón, uno de los protagonistas laicos que, junto al emperador Segismundo, participó en el intento de remediar tan grave problema (que no obstante no concluiría definitivamente hasta la elección de Martín V en 1418); en este intento de encontrar soluciones ambos reinos hispanos, entre otros, tuvieron que negar su apoyo a Benedicto XIII, con lo que, de esta forma, uno de los tres papas, y el más obstinado en la defensa de su causa, se vio obligado a dejar una vía libre en favor del desenlace del conflicto, retirándose, para ello, a su vida privada en el castillo de Peñíscola⁹.

Fernando I, hombre siempre de grandes aspiraciones y de amplias miras políticas, supo hábilmente llevar las riendas de los dos reinos más poderosos de España, y, al mismo tiempo, asegurar el engrandecimiento de la casa de los Trastámara con la puesta en práctica de sus proyectos, por medio de una labor de continuidad personalizada en cada uno de sus siete hijos, los célebres Infantes de Aragón, ya que don Alfonso sería el primogénito, futuro Alfonso V de Aragón, don Juan, rey de Navarra y de Aragón, aquí como Juan II, don Enrique, maestre de la Orden de Santiago y conde de Albuquerque, don Sancho, maestre de las Ordenes de Calatrava y de Alcántara, don Pedro, duque de Notho, doña María, esposa de Juan II de Castilla y doña Leonor, que sería la esposa del rey don Duarte de Portugal¹⁰.

&&&

⁸ Véase E. SARASA SANCHEZ, *Aragón en el reinado de Fernando I*, op. cit., capítulo III «La administración de la hacienda real», pp. 87 a 146. También M.ª T. FERRER i MALLOL, «El patrimoni reial i la recuperació dels senyories jurisdiccionals en els Estats catalano-aragonesos a la fi del segle XIV». *Anuario de Estudios medievales* 7. Barcelona, (1970-71), pp. 341-493; M. MITJA, «La economía barcelonesa durante el reinado de Fernando I en un punto muerto» *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, (Mallorca, 1955), Vol. II. (Actas y comunicaciones). Barcelona, 1970, pp. 115 y ss.

⁹ Remitimos, para este complejo apartado de la Historia Medieval Europea, tanto en el capítulo de fuentes, como en el bibliográfico, al interesante estudio de V. A. ALVAREZ PALENZUELA, *El Cisma de Occidente*, Madrid, 1982.

¹⁰ Véase L. SUAREZ FERNANDEZ, *Los Trastámaras de Castilla y Aragón*, op. cit., pp. 32-33; p. 151 y ss. VICENS VIVES, Jaume, *Els Trastàmares. Història de Catalunya*, volumen 8, Barcelona, 1980. E. BENITO RUANO, *Los Infantes de Aragón*, C.S.I.C. Escuela de Estudios Medievales, Madrid, 1952. C. SILIO CORTES, *Don Alvaro de Luna y su tiempo*, Madrid, 1939; César ALVAREZ ALVAREZ, *El Condado de Luna en la Baja Edad Media*, León, 1982, muy interesante dentro del capítulo I, el apartado titulado «Diego Fernández de Quiñones I, Merino Mayor de Asturias», por su cuidada descripción de las relaciones de este personaje de la Corona castellano-leonesa con Juan II, D. Fernando de Antequera y los Infantes de Aragón, pp. 76 a 97.

Concretamente sobre Alfonso V interesa la lectura de *Estudios sobre Alfonso el Magnánimo, con motivo del quinto centenario de su muerte*, Curso de conferencias, Universidad de Barcelona, 1960.

Esta compleja personalidad la podemos ver dibujada en sus múltiples rasgos y matices con nitidez y, al mismo tiempo, con hondura en *Gesta Ferdinandi regis Aragonum*, elaborada con la maestría característica de la amplia producción de Lorenzo Valla (1407-1457), precursor y miembro destacado del Humanismo italiano del *Quattrocento*.

Esta obra historiográfica, la única que él escribió en este género literario, fue compuesta concretamente entre los años 1445 y 1446¹¹, en Nápoles, en el seno de la corte aragonesa de Alfonso V el Magnánimo, donde Valla ejercía, como secretario y como historiógrafo oficial, cargos y ocupaciones que no le obstaron para la redacción de otras obras de contenido filológico, filosófico y teológico, que representaban la puesta en práctica de su proyectado cambio del sistema total del conocimiento.

Nuestro monarca supo rodearse, en la mencionada ciudad, de un amplio elenco de intelectuales y creadores, como Antonio Beccadelli, el Panormita, Guiniforte Barzizza, Bartolomeo Facio, Giorgio da Trebisonda, Teodoro Gaza y Giannozzo Manetti, aparte del propio Valla, entre los itálicos; a éstos se sumaban las figuras de Pedro de Santa Fe, Jordi de Sant Jordi, Andreu Febrer, Ausiàs March, Perto Johan, Pere Torroella, Eximén Aznariz, Bernat Miquel y Fernando Filipo de Escobar, que, procedentes de Aragón y Cataluña, acudieron también bajo la sombra protectora del mecenas real, al mismo tiempo que observaban de cerca las admiradas figuras de estos humanistas italianos a los que consideraban sus modelos y maestros¹².

¹¹ Véase la página XI de la Introducción de O. BESOMI en su edición crítica de *Lorenzo Valla, Gesta Ferdinandi...*, op. cit.

¹² Ver A. Soría, *Los humanistas de la corte de Alfonso el Magnánimo*, Granada, 1956; F. VENDRELL GALLOSTRA, *La corte literaria de Alfonso V de Aragón y tres poetas de la misma*, Madrid, 1933. B. CROCE, *España en la vida italiana del Renacimiento*, Buenos Aires, 1945; Jorge RUBIO, «Las Cortes de Alfonso el Magnánimo y la espiritualidad del Renacimiento», *Estudios sobre Alfonso el Magnánimo*, op. cit., pp. 153-173; de este autor también: «Sobre la cultura en la Corona de Aragón, en la primera mitad del siglo XV *IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*», Mallorca 1955, pp. 5-16; Martín de RIQUER, «Alfonso el Magnánimo visto por sus poetas», *Estudios sobre Alfonso el Magnánimo*, op. cit., pp. 173-197; Francesco TADEO, «La crisi dell'Umanesimo nella coscienza degli scrittori», *Atti del congresso internazionale di studi sull'età aragonese*, Bari, 1968; M. MENENDEZ PELAYO, *Estudios y discursos de crítica histórica y literaria*, II, Madrid, 1941, cap. «La Corte de Alfonso V en Nápoles», pp.: 119-132; D. CABRE MONTSERRAT, «Alfonso V y su ambiente a través de la poesía», *Actas del IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, celebrado en Mallorca en 1955, publicadas en Barcelona, 1970, pp. 428-444; Juan AINAUD DE LASARTE, «Alfonso el Magnánimo y las artes plásticas de su tiempo», *Actas del IV Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, celebrado en Mallorca en 1955, publicadas en Barcelona en 1970, ponencia de 28 páginas; Pere SANTONJA, *L'humanisme a la Corona d'Aragó*, Xàtiva, 1985; Miguel BATLLORI, *Humanismo y Renacimiento. Estudios hispano-europeos*, Barcelona, 1987, cap. I «El humanismo catalano-aragonés del siglo XIV al XVI» pp. 3-22.

fignata sua nō in eorū gestis uocata uelut fundamentis
 edificari. Nā neq̄ de annis historicis dicā, quorū ē
 Trifmegistus quē mercurius putat, certe superius ipse
 in columna aurea ut esset monumentū posteris, gesta
 sua p̄scripsit. Sed hoc ut dixi donamus. Sans habem⁹
 demonstrare: cū idem propositū sit historico q̄d poete
 ut profici et q̄ magis profici etiā deleteret, nimirū
 cū robustiorē esse historiā quāto est uerior. At
 nō uersat⁹ circa uniuersalia. Tūto nō uersari.
 Nulla em̄ alia cū hui⁹ opis est q̄ ut p̄ exēpla
 nos doceat. Vnde a Cicerone his uerbis laudatū ē
 Historia testis tēporū, lux ueritatis, uita memorie,
 magistra uite, nūna ueritas. An ē q̄ q̄d q̄ reddat
 admirabiles illas i⁹ historis orōes unq̄ ueras fuisse,
 et nō ab eloquenti ac sapientē opifite: p̄sonis, tēporib⁹,
 rebus accommodatas? q̄b⁹ nos eloq̄ et sapē doceat.
 Quid i⁹ ei⁹ p̄sona praestissima testimonia? q̄d laudes?
 q̄d uituperationes? q̄d multa alia doctrine ac sapē
 plena nōne i⁹ uniuersū p̄cipue? Neq̄ nō si solum
 ut sic dicā curē eorū inspiciamus semp̄ poetas tendit
 ad uniuersalia. Nā pindarus, Simonides, Alceus,
 alij q̄ lyrica singulorū laudes et q̄dam uiuentium
 ne dicā mercede recinerūt. Elegiacos et eoz sitos
 scateo q̄ suos amores plerunq̄ tractauerūt. et nō
 Xenophon magis optimi regis effinxit q̄ uera
 Cyri exposuit uerā. Nā de tēpo raro: q̄ fabellas p̄sa orōe cōposuit
 uisudo me tenet et reuerētia Homeri atq̄ Virgilij plura de hac re exequēt. Iam
 iā historiā cōpabo cū istoz que nobis hūc intētiat p̄tia. Quorū nemo moris
 praestitus q̄ philosophus cōpandus est, neq̄ Homero oreus neq̄ Virgilio laudus.
 imo ne Salustio q̄dem ac Lucio nonnullisq̄ alijs historicis et orōi quāto ip̄o q̄d
 iudicare possū: plus praestans, plus prudente, plus cuius sapē i⁹ orōib⁹ historis
 exhibent q̄ p̄p̄ris illi p̄ti: et si uera ferri nō piget. ex historia fluat. plurimū
 eorū nāliū ap̄tatio, quā postea alij i⁹ p̄p̄ta redeperūt, plurima maxī plurima oīs
 sapē doctrine. Si q̄d historicos p̄tis p̄ores fuisse docuim⁹. et si diuinosq̄ hū ferre
 mētiōne uolumus et Moyses historicus: q̄ nemo pot̄ se p̄te exte. ne sapientior, et
 euāgeliste q̄b⁹ nihil sapientius, nil aliud q̄ historia sit ap̄. eludi. Vix ut nō p̄tiles
 multū documentis ap̄tamus sicut superius fecimus ita hūc ad extremum.

Fig. I. Paris, Bibl. Nacional, lat. 6.174, f. 2v. L. VALLA, *Gesta Ferdinandi regis*; autógrafo. (Lámina tomada de la edición de O. BESOMI).

De un gran prestidiodo entre los círculos culturales de más renombre existentes entonces en Florencia, Roma, Nápoles y Pavía, disfrutaba la denominada «hora del libro», consistente en reuniones literarias¹³, con el monarca aragonés como epicentro, en las que los mencionados artistas leían en latín a César, Séneca y Tito Livio, entre otros, discutiéndose, a renglón seguido, temas concretos surgidos a raíz de estas lecturas, y muchas veces de forma acalorada, sobre todo cuando los puntos a rebatir lo eran por Lorenzo Valla, quien fue, por otra parte, durante toda su vida, protagonista de controversias y enfrentamientos por su disparidad de criterios con colegas y miembros de los altos estamentos eclesiásticos y políticos.

Este polígrafo, romano de nacimiento, cuyo padre Luca era doctor en derecho y abogado consistorial, y su madre, Caterina Scribani, hija de un jurisconsulto empleado en la curia papal, ubicada temporalmente en Florencia, fue durante toda su vida un autodidacta¹⁴; sin asistir a las aulas universitarias, supo adentrarse en el conocimiento de las lenguas clásicas y del resto de las ciencias humanas, con una profundidad y una claridad tales, que sólo podían tener como primera causa su constante obsesión por la verdad y su predisposición natural a la crítica constructiva, centradas éstas siempre, sobre todo, en cuestiones de carácter religioso (aunque él se declaraba un sincero *miles Christi*) y teológico, y que Valla expuso en tratados que se leerían ya durante ese mismo siglo XV en copias manuscritas por toda Europa, con títulos como *De professione religiosorum*, *De voluptate ac de vero bono*, *De falso credita et ementita Constantini donatione declamatio* y *De libero arbitrio*, entre los más controvertidos y contestados (algunos, por sus ataques a la escolástica aristotelizante y su defensa del verdadero epicureísmo).

Aunque tuvo fervientes partidarios, como Erasmo de Rotterdam, quien publicó en 1505 por primera vez la obra de su maestro e inspirador *Collatio Novi Testamenti*, Valla, debido a su ávido deseo de poner en tela de juicio cuestiones nunca debatidas hasta entonces, tuvo incluso que presentarse en 1444, acusado de herejía, ante el tribunal de Inquisición de Nápoles¹⁵, por sus afirmaciones acerca de que el origen del primer *Credo*, en contra de la creencia tradicional, no era debido, en su integridad, a los doce apóstoles.

¹³ Sobre este aspecto tan concreto de la vida de la corte napolitana véase Mario FOIS, *Il pensiero cristiano di Lorenzo Valla nel quadro storico-culturale del suo ambiente*, Roma, 1969, el capítulo titulado «Gli amici di Napoli, gli umanisti», pp. 175-180. Pompeo GIANNANTONIO, *Lorenzo Valla, filologo e storiografo dell'Umanesimo*, Napoli, 1972, el capítulo «L'ora del libro», pp. 45-50; O. BESOMI, autor de la edición crítica de *Gesta Ferdinandi...* de Valla, *op. cit.*, en la primera página de su introducción califica dicha «hora» como «emblema della vita culturale della corte aragonese».

¹⁴ Para todos los aspectos de la vida del historiador romano siempre se debe acudir a G. MANCINI, *Vita di Lorenzo Valla*, Firenze, 1891; y R. SABBADINI, *Cronologia della vita del Panormita e del Valla*, Firenze, 1891.

¹⁵ Giovanni di NAPOLI dedica todo un capítulo de su extenso libro, *Lorenzo Valla, filosofia e religione nell'umanesimo italiano*, Roma, 1971, titulado «Il processo napoletano di eresia», pp. 279 a 313, a analizar en profundidad este hecho, aportando además un rico caudal bibliográfico sobre el mismo. Véase también G. ZIPPEL, «L'autodifesa di L. Valla per il processo dell'Inquisizione napoletana (1444)», *Italia medioevale e umanistica*, 13, 1970, pp. 59-94.

Con motivo de una de estas malsanas envidias hacia nuestro prestigioso humanista, de gran influencia en la Europa pre-renacentista, junto con Bruni, Bracciolini, Guarini, Vegio o Piccolomini, su monografía *Gesta Ferdinandi regis Aragonum* sufrió una serie de avatares, que originaron que su primera edición no apareciera hasta 1520¹⁶; Bartolomeo Facio y el Panormita pidieron al encargado de la biblioteca regia que consiguiera el manuscrito que Valla había confiado a su mecenas, para que realizara las correcciones y aclaraciones pertinentes, relativas a aquellos sucesos ahí tratados y que hubieran sido vividos personalmente por él o que su padre el rey Fernando, o cualquier otro personaje de la corte, le hubieran referido.

El bibliotecario accedió a participar en estas intrigas y, aprovechando las ausencias, tanto de Alfonso V, como de Valla, quien había acudido a Roma a abrazar a su madre y al mismo tiempo a buscar influencias que le acortaran el difícil camino de obtener algún cargo en la curia pontificia, su sueño de toda la vida, logró retirar el ejemplar, dejándolo inmediatamente en manos de Facio, quien, sin permiso de su autor, lo leyó, escribiendo a continuación sus *Invectivae in Laurentium Vallam*, en las que ataca durísimamente la obra valliana, en su doble aspecto formal y de contenido.

Estas críticas fueron contestadas a su vez por Valla en su *Antidotum in Facium*, donde reconoce amargamente el disgusto sufrido por el comportamiento de sus dos compañeros en las tareas historiográficas; contra-tiempo que explica su decisión posterior de interrumpir su labor en el desempeño de este puesto, marchándose por ello de Nápoles, y de abandonar, en consecuencia, la redacción de la proyectada Historia de Alfonso V, continuación de su *Gesta Ferdinandi...*¹⁷.

En realidad, después de su acción, Facio y Beccadelli serían los encargados por el monarca de componer cada uno una historia relativa a la vida de su protector, y así lo hicieron, con los siguientes títulos, respectivamente: *De rebus gestis ab Alphonso I Neapolitanorum Rege commentariorum libri X*, y *De dictis et factis Alphonso regis Aragonum libri IV*, que reflejan un excesivo gusto por las alabanzas al rey y demás componentes de la vida del palacio real.

La vuelta a Roma de Lorenzo Valla se efectuó de una forma ya definitiva en 1448, cuando fue acogido por el papa Nicolás V, protector también de grandes artistas, con la mediación de las influencias de Alfonso V y de

¹⁶ Así como que no fuera incluida anteriormente en el *Indez Regalium Codicum Alphonso Regis*, enviado en 1458 a Lorenzo de Médicis desde Nápoles.

Ottavio BESOMI realiza una minuciosa descripción de los códices y ediciones posteriores de esta obra valliana, *op. cit.*, pp. XXVII-LXXXIX del prólogo.

¹⁷ Véase L. VALLA, *Gesta Ferdinandi...*, *op. cit.*, donde reitera, en el prólogo, su intención de continuar esta obra iniciada con Fernando con la propia de su hijo Alfonso.

sus grandes amigos, los cardenales Besarión y Nicolás Cusano, iniciando así una nueva etapa como escritor apostólico, etapa que duró hasta el final de su vida en 1457¹⁸.

&&&

La historia fernandina del Valla se halla encuadrada dentro de la producción historiográfica italiana, que ya desde principios del siglo XV había fructificado en Florencia con los modelos iniciadores de Coluccio Salutati y de su discípulo Leonardo Bruni; en aquella ciudad muy pronto se había reconocido su utilidad en el terreno de sus relaciones diplomáticas, tanto con los distintos estados y reinos de la península, como con el resto de Europa¹⁹.

Para esta tarea propagandística (que pretende, además, la consecución de la gloria para el protagonista de la obra, y, cómo no, para su autor), en oposición a las secas y áridas crónicas medievales que, sin grandes pretensiones artísticas, se redactaban en las lenguas romances locales, se acude a la lengua latina, sobre la que se hacía aplicación de los recursos estilísticos más característicos de los historiadores clásicos; se imitaba fielmente a Salustio²⁰, y Valla sobre todo, pero todavía más a Tito Livio²¹, dentro de una estricta adecuación de su prosa al arte de la retórica fijado por Quintiliano en su *De institutione oratoria*²², y de un modo muy riguroso, que impedía, entre otras cosas, la utilización del nuevo léxico técnico procedente de los campos político, militar y económico, principalmente, surigo después de la Edad Antigua, lo que supuso un importante golpe para la creación

¹⁸ P. GIANNANTONIO, *Lorenzo Valla, filologo e storiografo dell'Umanesimo*, op. cit., en el capítulo «Ritorno a Roma» pp. 50-62, detalla los avatares sufridos en esta etapa final de su vida; al igual que M. FOIS, *Il pensiero cristiano di Lorenzo Valla...*, op. cit., en su capítulo «Il ritorno a Roma de Lorenzo Valla. Il suo atteggiamento di fronte alla sacra scrittura», pp. 383-437.

¹⁹ Con este mismo espíritu crearon sus obras Sabellico en el estado de Venecia, Valla, pero sobre todo Facio, Beccadelli y Pontano en el reino de Nápoles, y Crivelli y Simonetta en el estado de Milán.

²⁰ R. M. STEIN centra su atención en esta cuestión concreta en su tesis doctoral titulada *Sallust for his readers, 410-1550. A study in the formation of the classical tradition*, Columbia University, 1977; muy importantes el capítulo IV «Sallust in the Renaissance: Style and Commemoration», y la extensa relación bibliográfica del final del libro.

²¹ Tito Livio era motivo constante de discusión y tratamiento en la anteriormente mencionada «Hora del libro» de la corte napolitana, con motivo de la publicación de la monografía valliense *Emendationes in Titum Livium*, que fue objeto de duras críticas por los integrantes de esa reunión, sobre todo por parte del Panormita y de Facio; y con motivo de haberle sido regalado al monarca Alfonso V un espléndido códice de la obra de este historiador latino en 1444 por parte de Cosme de Médicis. Interesante el estudio de G. BILLANOVICH-M. FERRIS, *Per la fortuna di Tito Livio nel Rinascimento italiano. Le «Emendationes in Titum Livium» del Valla e il Codex Regius*, «Italiae medioevale e umanistica», I, (1958), pp. 245-64; y el de Mariangela REGOLIOSI, «Le congetture a Livio del Valla: metodo e problemi», en *Lorenzo Valla l'umanesimo italiano. Atti del Convegno internazionale di studi Umanistici*, (Parma, 1984), Padova, 1986, pp. 51-71.

²² Véase Lucia CESARINI MARTINELLI, «Le postille di Lorenzo Valla all'Institutio oratoria» di Quintiliano», *Lorenzo Valla e l'umanesimo italiano, Atti del Convegno...*, op. cit., pp. 21-50, y su aportación de reciente bibliografía sobre este tema.

de una historia absolutamente científica y fidedigna, situación que alcanzaba sus grados extremos, cuando el autor no veía posible, si no quería ser recriminado por ello, aplicar otros términos latinos clásicos que los pudiesen sustituir: de tal manera supeditaban la ciencia a los efectos estilísticos.

La nueva moda historiográfica favoreció el arrinconamiento de las minuciosas compilaciones medievales, enmarañadas en una sobreabundancia de datos, dejando ahora totalmente al descubierto al protagonista, en una recuperación del individuo, que aparece actuando de acuerdo con un argumento presentado con todas las características de una obra dramática, para lo que el autor inserta, a lo largo de la misma, diálogos —no olvidemos que casi toda la literatura humanística se basa en diálogos, sean coloquios o intercambios epistolares— y discursos, además de reflexiones personales, de modo que el personaje central, y los demás que giran a su alrededor, se mueven con toda naturalidad en los distintos escenarios, según se trate, por ejemplo, de la representación de una coronación, unas bodas reales, un combate naval, una jornada de caza, la celebración de unas cortes generales, una reunión familiar, o un acto conciliar; situaciones éstas en las que vemos a Fernando protagonista de *Gesta Ferdinandi regis Aragonum*²³, obra que, efectivamente, participa de todas estas características, junto a las que podemos destacar ahora aquellas que hacen de esta producción historiográfica una creación muy singular con respecto a las demás, que, tanto contemporáneas como posteriores al autor, abordan también otras vidas de reyes y gobernantes.

En primer lugar, el historiador romano, haciendo gala en ello de sus profundos conocimientos del mundo clásico greco-latino, desarrolla en el prólogo de ésta su única obra de contenido histórico, como ya hemos indicado, su personal concepción de la Historia.

Valla en él no ensalza al impulsor y mecenas de esta monografía (no hemos encontrado elogios dirigidos ni a Alfonso V, ni a ningún miembro de su regia familia, según era lo obligado en este género de obras), tal y como se observa en las ya citadas dedicadas a este mismo rey por Facio y el Panormita, sino que, por el contrario, se adentra en planteamientos teóricos sobre la importancia de la Historia y la relevante tarea de los historiadores en comparación con la de filósofos y poetas; planteamientos que van a constituir las líneas maestras o los puntos de apoyo sobre los que va a sustentarse el conjunto de la obra que, dividida en tres libros, representa o significa la puesta en práctica de dichos fundamentos.

Dos grandes conceptos, el de UTILIDAD para el lector y el de DIFICULTAD para el escritor de la obra histórica, son las dos líneas básicas y focos de atención de nuestro historiador, y en su explicación y desarrollo aplica él toda su maestría.

²³ Respectivamente, en los libros y capítulos siguientes: III, VII; III, IX; I, VI-VII; II, XIII; III, IV; II, II; III, X.

Centrándonos en lo que se refiere al concepto de UTILIDAD de una obra historiográfica, comienza reconociendo que nuestra soberbia nos lleva muchas veces a despreciar la enseñanza que podríamos recibir de un filósofo o de un sabio teórico, mientras que, al mismo tiempo, nunca nos mostramos reticentes a aceptarla cuando una idea moral, ética, etc., se nos ofrece por medio de ejemplos plasmados con la pintura de algún personaje histórico, que, además, en palabras de Valla, «no sólo puede conducir la esperanza al ánimo, sino que también le infunde los estímulos de la emulación» (p. 4).

Hace especial hincapié en que una obra histórica basada en la descripción de personajes será todavía «más influyente cuanto más verdadera» (p. 5), y por ello nuestro autor italiano defenderá a ultranza en *Gesta Ferdinandi regis Aragonum*, y en toda su extensa producción, lo que le acarreó disgusto a lo largo de toda su vida, la verdad por encima de todo.

En consecuencia, en la descripción de Fernando I y de Martín I, los dos personajes de esta monografía de mayor presencia y protagonismo, no reconocemos en cada uno de ellos al príncipe, figura ideal del gobernante, tan realizada en la historiografía áulica europea de la Baja Edad Media y de toda la Edad Moderna, sino que, por el contrario, podemos reconocer a dos hombres entrañables con sus virtudes y defectos, a dos seres humanos reales que sienten, hablan y se mueven, y que del mismo modo que influyen en las personas de su alrededor, ellos también se dejan influir por ellas.

Valla, perfecto pintor del alma humana en todos sus matices, desmitifica a Fernando y a Martín por medio de todo un conjunto de situaciones en que por su comportamiento se revelan como personas que poseen una gran humanidad o, por el contrario, también, una verdadera dureza de sentimientos:

Un claro ejemplo de lo primero queda plasmado cuando Fernando, aún Infante, antes de partir en mayo de 1410 hacia la conquista de Antequera, se despide muy afectuosamente tanto de su esposa doña Leonor, a quien le dice: «¿Por qué, esposa mía, te aflijas hasta tal punto por mi preocupación?... conviene que tengas confianza y no estés abatida, para que nadie crea que tu marido, al ir contra el enemigo, marcha con un desgraciado augurio... y procura, si me amas, que nuestros hijos no recojan tristeza de tu tristeza; pues, según como es el semblante de la madre de familia, así también es el de todos los que le rodean». (I, VIII); como de su hijo Alfonso al que ruega: «Tú, Alfonso mío, para que no atormentes a tu madre con su preocupación por tí, permanecerás junto a ella..., dirige hacia tu madre todo el afecto que a mí me demuestras, pues rápidamente, según espero y deseo, te llamaré desde el campamento para que seas partícipe de la gloria paterna». (I, VIII); tras lo que abraza y besa a toda su familia.

Demostrativo también de la nobleza de espíritu de Fernando es el perdón concedido al traidor Diego Gómez de Sandóval, ya que, por su culpa, no se pudo tomar en 1407 a los moros la plaza andaluza de Setenil (I, V), así como cuando perdona la vida al conde de Urgel, tras su derrota definitiva en Balaguer, su último reducto, en el que aún defendía sus derechos al trono aragonés absolutamente inexistentes tras la resolución de Caspe (II, V), y, asimismo, cuando deja marchar en libertad al consejero de Barcelona Juan Ceviller, tras haber protagonizado un durísimo enfrentamiento personal con el monarca Fernando, no bien acogido en Cataluña como tal al proceder de la Casa Real castellana (III, XI-XII).

En esta misma línea, a nuestro entender, la actitud que adopta el rey Martín en su intento de obtener descendencia directa tras la muerte de su único hijo, en 1409, es la que más evidencia su carácter profundamente humano, teniendo en cuenta que él ya se encontraba entonces muy enfermo, de hecho moriría un año después de este suceso.

Si por sus acciones a lo largo de su vida se hace merecedor del apelativo «el Humano», y el libro II de *Gesta...* lo ratifica constantemente, es precisamente por ésta acción por lo que más lo merece. En efecto, Martín pone, por encima de todo, los intereses de la Casa Real y del Estado y, a pesar del sufrimiento interior con el que vivía por su enfermedad y por el reciente fallecimiento de Martín de Sicilia, «por el que me encuentro, dice, agotado y consumido» (II, II), aceptó la propuesta de sus consejeros particulares de procurar un heredero a la Corona casándose, siguiendo en esto la opinión de los médicos, con una mujer muy joven, por lo que contrajo nuevas nupcias con Margarita de Prades.

Pero donde más se ve obligado Valla a alejarse de los modelos de una historiografía áulica, elogiadora de las virtudes del rey, es a la hora de presentarnos, en su culto a la verdad histórica, aquellas situaciones que ofrecen una imagen más dura de la figura real, por ejemplo, durante una toma de decisiones comprometida, o durante la petición de responsabilidades a sus colaboradores o a sus súbditos, funciones todas propias de su cargo. Y, a pesar de que el historiador procuraba ajustar lo más posible sus palabras, no pudo evitar las críticas posteriores más severas, por escenas en las que, por citar algunas, Fernando ordena que al estandarte que portaba Federico, nieto ilegítimo del difunto Martín I, en el momento de presentarse ante él para prestarle su juramento de fidelidad como monarca electo, se le bordase una banda azul atravesada como señal de su procedencia ilegítima (III, III), como cuando este mismo rey abandona en 1416 a Pedro de Luna en la lucha por su causa perdida de poder erigirse en único papa de la Iglesia occidental, retirando su apoyo, hasta entonces incondicional, a este miembro de la familia de su madre doña Leonor de Luna (III, X), y, por último, como cuando mandó azotar desnudo públicamente en Barcelona al heraldo del conde de Urgel, pues éste había tramado contra su enemigo, el conde de Cardona, una ignominiosa venganza



Fig. II. Fernando de Antequera. Tabla del retablo de la capilla mayor del Monasterio de San Benito el Real de Valladolid. Detalle. (Museo del Prado). (Lámina tomada de M. DUALDE-J. CAMARENA, *El Compromiso de Caspe*, Zaragoza, 1980).

(III, III), a raíz de lo que Fernando decide con este castigo al menos culpable cortar por lo sano, en evitación de enfrentamientos callejeros posteriores entre los partidarios de uno y otro conde.

Ejemplos estos a través de los que vamos obteniendo la respuesta del polígrafo romano a su pregunta planteada en el jugoso proemio de *Gesta*, donde afirma «¿no es necesario para el historiador desenterrar de este modo la verdad, con no menor diligencia y sagacidad que la que es necesaria al juez para descubrir lo verdadero y lo justo, o al médico para ver con antelación y curar la enfermedad?» (p. 7).

Aunque esta defensa de la verdad donde la lleva a su grado más extremo es en unos aguafuertes de un notable realismo, por los que recibió esta obra la mayor parte de sus ataques, procedentes, tanto de historiadores contemporáneos, como de los estudiosos posteriores²⁴, todos ellos muy escandalizados por lo que la crónica fernandina pone ante los ojos del lector, y en la que no hace uso de la BREVEDAD, como era lo obligado en el género historiográfico en tales circunstancias.

Este realismo contribuye sobre todo a desmitificar la figura moral tradicional representada por los miembros de la realiza y la clase nobiliaria, ya que son varios los personajes que viven en esta producción situaciones delicadas y comprometidas.

En este sentido, el personaje más desmitificado es Martín I, a quien vemos en la «coyuntura» siguiente por ese anhelo mencionado de conseguir un heredero legítimo aún a costa de una salud ya muy quebrantada; afirma Valla: «Hubo algunos que decían que él no había podido todavía acostarse de ninguna manera con su mujer, ni quitar la virginidad a la joven ni con el arte de los médicos, ni con los más diversos aparatos, aunque su madre y algunas otras damas estaban presentes como ayudantes de la muchacha y también algunos varones servían al rey, de tal manera que, tras colgarle del artesonado por el vientre, como si lo pesaran, por medio de fajas con las que se contenía la hinchazón del sobresaliente vientre, lo enviaban poco a poco hacia el regazo de la muchacha y al mismo tiempo lo sostenían» (II, III).

Aunque, creemos nosotros, este atentado a la dignidad real atribuido al historiador italiano (que cumplía con sus obligaciones de buen historiador), así como su falta de respeto al decoro y a una serie de principios

²⁴ Respectivamente, las críticas más exarcebadas por su falta al decoro y a la moral tradicional, las recibió de FACIO en sus *Invectivae...*, ya mencionadas, y de E. FUETER, *Storia della storiografia moderna*, Napoli, 1970, pp.: 144-145, y en p. 49 afirma: «Ma la sua storia tratta quasi esclusivamente della vita delle personalità governanti, e anzi soprattutto la vita privata. Con particolare predilezione riferisce i pettegolezzi scandalosi». Actitud totalmente contraria es la que adopta Mario FOIS, *Il pensiero cristiano di L. Valla*, op. cit., p. 499, quien justifica plenamente esta forma de escribir historia porque pretende, sobre todo, la sinceridad.

morales, quedan totalmente superados por el comportamiento de la esposa de Martín I, Margarita (y el de la madre de ésta), desde el momento en que, por su desmedido afán de querer engendrar un heredero para el trono, y asegurar así su continuidad en la vida de la corte, de acuerdo con la creencia de que los alimentos ricos en especias aumentaban las posibilidades amorosas en los hombres, hacía servir a la mesa manjares tan fuertes y pesados que, contra lo pretendido, ayudaron a terminar con la propia vida del rey: «Puede que en la causa de la muerte del rey, afirma Valla, estuviera no la malicia, sino la simplicidad y la estupidez de las mujeres, que introducían cada día, sin el conocimiento de los médicos, un veneno en sus alimentos, haciéndolos así más apropiados para el amor que para la salud, y los untaban con especias aromáticas... estas mujeres presentaron a los servidores reales por la tarde un ganso cebado asado, al que habían adornado suntuosamente... para incitar al amor al rey, que se hallaba muy entumecido por las grasas y la fiebre cuartana, para que procreara. Desde el mismo momento en que comió del ganso el rey empezó a sufrir y a quejarse de un violento dolor de estómago..., en su cuerpo muerto (pues murió al segundo día) aparecieron señales y algunas manchas» (II, V).

A este culto que el polígrafo romano hace a la verdad y al realismo, debemos tanto éstos, como otros episodios, en los que, unas veces roza el erotismo, y otras lo puramente escatológico, escenas ausentes de toda la producción historiográfica áulica medieval.

A este respecto debemos mencionar ahora a Bernardo Cabrera, el personaje peor tratado de *Gesta*, directo aspirante a ocupar el cargo de gobernador general de Sicilia, para lo que se enfrentó a Blanca de Navarra, viuda de Martín de Sicilia, de la que, al mismo tiempo, estaba enamorado, y a la que pretendía, sin desfallecer, en matrimonio (como vía más directa, además, para la consecución de sus propósitos políticos), a pesar de los desplantes sufridos en cada una de estas peticiones, en las que Cabrera obtenía de Blanca como respuesta, tal y como revela Valla, las poco gratificantes palabras: «¿Qué dices, viejo sarnoso?» (II, XIII).

Blanca era para los sicilianos la representante de los intereses «nacionales» y Bernardo de los «extranjeros», aragoneses y catalanes. Ante lo que nuestro autor procura, en todo momento, mantenerse al margen sin decantarse hacia uno u otro bando, actitud de una clara imparcialidad, con la que se comporta también cuando aborda, a lo largo de su monografía, los más variados asuntos políticos.

Volviendo a lo anterior, Bernardo es el único elemento de la trama que vive situaciones continuamente desfavorables y algunas muy desagradables, y a quien nuestro historiador, además, describe, física y moralmente, como poseedor, casi de manera exclusiva, de cualidades negativas, hecho éste que requeriría todo un estudio aparte, y que con toda seguridad se

debe al conjunto de fuentes consultadas, coincidentes en recalcar los aspectos negativos y poco favorecedores de esta complicada personalidad²⁵.

La secuencia más erótica de la obra que nos ocupa está magistralmente descrita por nuestro autor en el transcurso del capítulo XV del libro II, en ella vemos a Bernardo en Palermo en plena persecución de Blanca por los pasillos y habitaciones de palacio.

Esta y sus servidoras, al conocer que Bernardo la tenía cada vez más acorralada, salieron de sus aposentos: «a medio vestir y con el cabello muy despeinado... ya se habían lanzado a la calle corriendo por las escaleras como si huyeran de un incendio... cuando les vino a la mente que podían recurrir a la trirreme que estaba cercana...; y con un solo espíritu... logran penetrar en las aguas, con los vestidos arremangados sobre las rodillas... y, corriendo separadas como si fueran por un estadio tras una corona, se metieron hasta la altura de los muslos dentro del mar que estaba casi helado».

Mientras tanto, Bernardo: «Vivamente indignado, se dirigió hacia el dormitorio de la reina y entró. Entonces, viendo toda la habitación desordenada, tal como suele abandonarse ante un temor repentino, dice:

— He perdido la perdiz, pero tengo su nido.

Inmediatamente, tirando al suelo los vestidos, subió al lecho que estaba todavía tibio, y revolcándose por encima de la cama, aspiraba su olor de la misma forma como lo hacen los perros de caza ante el cubil de su presa, mostrando su complacencia al apercibirlo. Tan grande era su obsesión como su amor».

Estas ansias de conquista amorosa y política le llevaron a sufrir una serie de avatares y vicisitudes, que Valla detalla a continuación, y que

²⁵ Por declaraciones del mismo Valla sabemos de su continua y seria preocupación porque las fuentes consultadas, en su tarea previa a la redacción de su obra historiográfica, sean las más fiables, puesto que sólo éstas hacen posible que, como en el prólogo de *Gesta* reconoce, pueda el historiador contemplar cada hecho concreto desde todos los ángulos existentes, conocer cada una de las vertientes de cada suceso: «A duras penas puede suceder que un sólo historiador haya captado con sus sentidos todas las cosas que atañen a la realización de un hecho», p. 7.

Este conocimiento completo debe ir acompañado, al mismo tiempo, de objetividad e imparcialidad: «resultado de qué gran cuidado y diligencia es lograr que no parezca que favorezcas a aquella parte con la que estabas...», p. 7.

Esto último él mismo lo recalca a lo largo de los tres libros de su *Gesta*... en las distintas ocasiones en que, hablando en primera persona, detiene el relato histórico para expresar esta manera de pensar, amén de que, en el relato mismo, demuestra su imparcialidad no poniéndose del lado de nadie o de ningún bando; por ejemplo, da clara prueba en el libro II de que no está del lado de ninguno de los candidatos a ocupar el trono aragonés tras la muerte de Martín I, como tampoco aporta su opinión personal, a favor o en contra, durante el enfrentamiento de doña Blanca de Navarra con Bernardo Cabrera; así como tampoco objeta nada sobre las decisiones personales y las actuaciones de los integrantes y afectados en el proceso de solución del Cisma eclesiástico descrito en el libro III.

Nuestro ZURITA en *Anales de Aragón*, XI, VII, Zaragoza, edición 1980, pp. 29, ya se felicitaba por esta actitud indagadora del historiador italiano que le hacía buscar todo tipo de fuentes, a pesar de la escasez de las mismas, tal y como reconoce Valla para este período de la Historia de nuestra Península: O. BESOMI, *op. cit.*, en su prólogo, se ocupa de estos aspectos relativos a las fuentes y a la DIFICULTAD del historiador de crear una obra historiográfica.

concluyen, por fin, cuando Bernardo va a parar con sus huesos al fondo de una enorme cisterna de agua vacía en los interiores del Castillo de la Mota, lugar donde le envía Fernando a reparar sus excesos y sus crímenes, aunque para hacerlo de una forma que nunca hubiera sospechado el noble, ya que, en los últimos párrafos en que el historiador habla de él, lo encontramos, pagando por el intento de soborno a sus guardianes, para que le dejaran escapar, dentro de una red colgada de los barrotes de una ventana de los muros de dicho castillo: «Así, envuelto en las redes durante todo el día... fue el espectáculo más reído y, al mismo tiempo más compadecido por todos. Para mayor vergüenza suya padeció, además, el castigo más duro, cuando, al querer volverse ante el paso de los hombres notables y honorables, se le impidió que les diera a todos la espalda. Y no se lamentó en este día, porque careciera de alimento y bebida, sino porque no se le permitió hacer sino en presencia de testigos oculares aquellas cosas que no se hacen decorosamente sin estar alejado de todos los demás» (II, XVI).

El interés del historiador italiano por el detalle, más o menos innecesario, y que le conduce, como en este último ejemplo, hasta lo escatológico, vuelve a resultar bien evidente, de nuevo, cuando describe el intento de la toma de Lérida por las tropas del conde de Urgel, intento desesperado de la última etapa de su enfrentamiento a Fernando, el candidato de más peso a la Corona, y ya electo en Caspe en ese momento, y sofocado con la ayuda de un hecho casual, al descubrirse, en el silencio de la noche, los movimientos sigilosos de los soldados urgelistas en su aproximación a esta ciudad, pues: «Un vecino de la ciudad que tocaba la trompeta y que... vivía en un lugar que era poco frecuentado, lo que le permitía tocar más libremente, se había levantado por casualidad a esa misma hora, para lo que suelen hacer los que beben con cierta frecuencia, clase de personas que se da principalmente entre los que tocan este instrumento. Y como estos hombres son inconsecuentes e inmorales, empezó a tocar la trompeta en plena noche, tal como estaba, desnudo..., y llamaba con el instrumento a un compañero que montaba guardia en la muralla de la fortaleza» (III, IV), sonidos que fueron el inicio de la retirada de los soldados catalanes asustados y el fin de las esperanzas que Jaime de Urgel aún albergaba de ocupar el trono.

Dentro de la concepción valliana de la Historia ocupa un lugar central, como se está viendo, el concepto de UTILIDAD para el lector de una obra de contenido histórico, y para conseguir este objetivo ofrece una amplia serie de ejemplos, en los que los grandes personajes son protagonistas, tanto de acciones ilustres, como de situaciones poco dignas, teniendo en cuenta su categoría personal, mas también hace uso, en este propósito de lo práctico, de pequeños personajes que aparecen diseminados en los tres libros de *Gesta*.

Aparte del recién citado trompetista leridano, tenemos en escena personas sencillas como el copero del rey Martín (II, VI), el truhán Borra (II,

VI), el cirujano que cura una herida de caza del Infante don Pedro, don Fernando de Alfonso (II, XIII), el heraldo del conde de Urgel (III, III), un carnicero de Barcelona (III, XI), etc., que en los momentos mismos en que los estamos viendo hablar y desarrollar sus actividades son verdaderos protagonistas de la Historia, reflejándose, además, con ello, la realidad cotidiana de la vida de la corte y de las ciudades.

Por esta forma de trabajar el género historiográfico, se achacó a esta obra el defecto de que, con la inclusión de estos personajes poco importantes para el desarrollo de la verdadera trama histórica, se desprestigiaba, tanto a sí misma, como a todo el género literario.

Nosotros no aceptamos esta crítica, sobre todo desde el momento en que alguna de estas «poco importantes personas» comparten con el rey, o con alguno de los infantes, situaciones anecdóticas, de las muchas que hay en la crónica fernandina, que, de acuerdo con el criterio personal del historiador, llevan a la práctica su idea explícita en el prólogo, donde afirmaba que la Historia: «a la vez que útil, también debe delitar» (p. 5), originándose situaciones divertidas, que hacen que la lectura de esta extensa monografía se haga más amena, tal y como sucede ante la simpática anécdota que trata acerca del bufón Borra, quien, requerido por el enfermo rey Martín ante su presencia, se excusa así de su ausencia, cuando el monarca le preguntó:

— «¿De dónde vienes, Borra, que has estado ausente durante tanto tiempo?

El, a la vez que para disimular su ausencia, para calmar con su buen humor, si podía, al rey, deseoso de su suave plática, dijo:

— Yo, en realidad, vuelvo de una viña vecina, donde no sé quiénes han colgado de una higuera por la cola a mi mulo joven con el pretexto de que se había comido ocultamente unos higos que todavía no estaban maduros.

Durante esta graciosa historia Martín, riéndose, pronto empezó a agónizar con más rapidez» (II, VI).

Estas anécdotas, pues, sirvan a un múltiple propósito, ya que también, por un lado, permiten al lector conocer mejor al Hombre en sus infinitos y complejos matices interiores (ya indicábamos en la página 705 que el período cultural del Humanismo significa, sobre todo, su descubrimiento), matices que Valla pone al descubierto gracias a la espontaneidad en el comportamiento de los que viven estas situaciones.

Por otro, nos permiten estas anécdotas descansar de las largas y frecuentes descripciones de batallas, sobre todo en el libro I, donde son numerosos los combates, tanto navales como sobre tierra firme, entre las tropas musulmanas y las cristianas capitaneadas por Fernando I; descansar de los largos y densos discursos y de los diálogos, en ocasiones trascen-

dentos, como los habidos entre Martín I en su lecho de muerte con sus consejeros, deseosos de hallar una respuesta clara y contundente a su pregunta sobre a quién nombraba su heredero (II, II-III); de las constantes disquisiciones personales de Valla sobre los problemas creados en los momentos clave del devenir histórico aragonés, en las que analiza, tanto causas como consecuencias, y esto ocurre principalmente cuando en el libro II, de forma paulatina, muestra la gravedad del panorama político tras el fallecimiento del último rey, hasta que se llegaron a reunir los nueve compromisarios de Caspe; y, por último, descansar de las minuciosas descripciones de usos y costumbres de la época, como cuando nos explica el humanista italiano las costumbres de los adelitos (I, XIV), el modo de construir galerías subterráneas como forma de conquista de una ciudad sitiada (I, X), en qué consistían las bromas que gustaba gastar a sus invitados el padre del conde de Urgel en su palacio (I, I), y cuando nos cuenta, con gran lujo de detalles, la leyenda de la Peña de los enamorados (I, XV)²⁶, o el milagro de la Virgen que salvó la vida de un niño caído en el fondo de un pozo (I, VIII).

Digresiones todas estas que, unidas a los demás elementos de la obra ya mencionados, conforman las importantes páginas de *Gesta Ferdinandi regis Aragonum* que representa una gran aportación por todas sus cualidades artísticas al conjunto de la producción historiográfica de la época humanista, valía que se ve aumentada por el hecho de que ofrece ante nuestros ojos una panorámica muy completa sobre esta importante época histórica de la Corona de Aragón a principios del siglo XV, época de transición en la que continuaban en plena vigencia en España y en el resto de Europa todos los conceptos y creencias de la Edad media, a la vez que ya se podían reconocer otros propios del Renacimiento y de la Edad Moderna, en cuya implantación tuvo una relevante influencia Lorenzo Valla, uno de los principales precursores de las nuevas corrientes del pensamiento que poco a poco fueron desplazando al ya anquilosado mundo ideológico medieval.

²⁶ Lujo de detalles que asombra a O. BESOMI, pues no se encuentran fuentes documentales en que se pudiera basar Valla para su testimonio en *Gesta*, ya que las fuentes encontradas son todas posteriores a él.

O. BESOMI, *op. cit.*, p. XXII de su prólogo afirma: «Il racconto ha conosciuto un'ampia fortuna dopo che il testo del Valla fu ripreso e ripubblicato nella *Historia general de España* dello storico Mariana. Nulla si sa invece, per ora, della tradizione —orale o scritta— della leggenda o del fatto storico precedente la stesura dei *Gesta*; il testo del Valla rappresenta quindi il piú antico documento noto di un fatto che molto probabilmente ha trovato nella letteratura spagnola una primitiva versione che resta da scoprire».

APENDICE

Texto original en *Gesta Ferdinandi regis Aragonum* de las citas que aparecen en el presente artículo.

(El número que precede a cada cita corresponde al número de página en nuestro trabajo).

- p. 706: per exempla et blande subeunti acquiescit, cum presertim illa velut pictura personarum et spem inducat animo et stimulos emulationis incutiat. p. 4.
- p. 706: nimirum tanto robustiorem esse historiam, quanto est verior. p. 5.
- p. 706: «Quid tu», inquit, «uxor, tantopere solitudine mei te afflictas?» Ex quo te bono animo esse et non demisso decet, ne maritum in hostes euntem infausto prosequi omine videare. Caveque, si me amas, ne liberi nostri ex tuo merore mestitiam contrahant. Qualis enim aspectus est matris familias, talis et totius familie est. I, VIII.
«Tu vero, mi Alfonse, matrem solitudine tui maceres, apud eam manebis. Interea perge, ut facis, dare operam virtutibus et in primis affectum, quem mihi prestabas, in matrem confer. Cito autem, ut spero et opto, te e castris accersam, quo particeps sis paterne laudis.» I, VIII.
- p. 707: hoc vulnus, quo ego saucius [53r] confectusque sum, II, II.
- p. 709: (14) Sunt enim qui dicant nullo pacto, nec medicorum arte, nec multifariis machinis potuisse eum vel concumbere cum muliere vel puelle virginitatem demere: licet mater alieque nonnullae femine velut ministre puelle adessent, licet viriquoque aliquot auxilio regi essent, qui, ventrem quasi appensum per fascias a lacunari pendentes —quibus tumor proni ventris cohiberetur— demitterent eum sensim in gremium puelle ac sustinerent. II, III.
- p. 709: Nonne igitur ad huiusmodi veritatem eruendam historico opus est non minori accurate ac sagacitate, quam aut iudici in deprehendendo vero ac iusto, aut medico in pervidendo morbo atque curando? p. 7.
- p. 710: Potest, et id in causa regis fuisse, non malitia sed simplicitas mulierum atque stultitia, que quotidie, citra medicorum conscientiam, cibariis ad Venerem quam ad salutem aptioribus inferciebant virum unguentisque oblinebant: He mulieres vesperi dicuntur anserem saginatum, quem opipare concinabant, ut regem et adipibus et quartana torpidum ad Venerem procreationis gratia excitarent. (5) De quo anser ubi comedit rex, statim vehementi dolore stomachi conflictari cepit ac lamentari, moxque ardentissima febre insecuta signaque et macule quedam in defuncti corpore (secundo autem die defunctus est) apparuerunt. II, V.
- p. 710: «hui, senex scabide», II, XIII.
- p. 711: Seminude igitur atque neglecto capillo e cubiculis erumpunt, et inter primas regina velut ex incendio, per gradus lymphate in viam se proiecerant, cum in mentem venit vicine triremis; et prope uno spiritu aquas ingrediuntur, [84r] subductis supra genua vestibus, quasi pro corona currentes in stadio, divaricatasque ad femora irrumpere in mare pene glaciatum. Atque ita indignabundus ad cubiculum regine perrexit intravitque. Ubi cernens cubile turbatum,

quale solet ad subitum timorem relinqui: «Perdicem», ait, «perdidi, sed nidum teneo»; protinusque depositis vestibibus, ut adhuc erat tepidum, subit ac per totum se volutans et subinde spiritum per nares trahens, significabat, more venatici canis, ad lustrum fere ipso se odore delectari. (II) Tanta ei fuit inter maximarum rerum conatus cura amoris, II, XV.

- p. 712: Ita totum diem retibus involutus ridiculum simul ac miserandum plurimis spectaculum fuit. Cuius turpitudini hicquoque cumulus accessit, ut cum ad transitum notorum atque honestorum virorum faciem vellet avertere, prohiberetur, ne illis posteriora ostenderet. Nec quia cibo ac potu [86v] caruerit eo die doluit, sed quia ea, que nisi remotis arbitris decore non fiunt, presentibus arbitris facere non licuit. II, XVI.
- p. 712: Tubicen quidam, qui haud procul ab ea porta habitabat, loco parum celebri quo licentius caneret, forte ea ipsa hora surrexerat, eius rei gratia qua solent qui sepius bibunt, quod genus est in primis tubicinum. Utque sunt leves atque improbi, per noctem inflare tubam cepit, ita ut erat nudus, nam messis iam instabat, et socium qui in arce excubabat provocare. III, IV.
- p. 713: «Unde, inquit, domine Borra, qui [63v] tam diu abfuisti?» Hic simul ut rem dissimularet, simul ut regem cupidum suavis alloqui, si posset, hilaritate afficeret: «Ego vero», inquit, «e vicina vinea redeo, ubi nescio qui hinnulum meum per caudam ad ficum suspenderant, quasi ficos furto edisset, qui nondum maturi sunt.» (5) Ad hanc facetiam rex cum arrisisset, mox animam celerius agere cepit. II, VI.